

“PAGAR EL PATO” **(TANGO PARA DOS)**

OMAR

ROMA

HOMBRE 1
HOMBRE 2

MUJER RUBIA

DINO ARMAS.

“El amor y el odio, el bien y el mal viven lado a lado en el corazón humano, y no simplemente en proporciones diferentes en un hombre y en el siguiente, sino todo el bien y todo el mal. Uno tan sólo tiene que mirar un poco a cualquiera de ellos para descubrir su totalidad, y entonces lo único que tiene que hacer es rascar la superficie. Todas las cosas tienen sus opuestos, cada decisión una razón en contra, cada animal otro animal que lo destruye... Nada puede existir sin su opuesto estrechamente ligado... cada uno es lo que el otro ha elegido no ser, el yo rechazado, que cree que odia pero que quizá en realidad ama... es una dualidad lo que permea la naturaleza... dos personas en cada individuo. Hay una persona opuesta a ti, como tu parte invisible, en algún lugar del mundo, y aguarda al acecho.”

(Patricia Highsmith, “Extraños en el tren”)

(Un espacio vacío. Se oye un tango en un solo de bandoneón. Dos hombres van colocando la utilería y los pocos muebles que se necesitan. Salen. Reaparecen cargando una figura envuelta en arpillera. Mujer Rubia mira desde lejos. Los hombres dejan en el suelo a la figura envuelta. Se alejan hacia el fondo. Mujer Rubia se acerca. Deja un bolso junto a la figura. Se agacha. Tira de la tela. La desenvuelve. Se ve a Roma. Ella y Mujer Rubia se miran reconociéndose. Las dos llevan la mano al rostro. De adentro se oyen la tos y el aliento de Omar en un violento ataque de asma. Roma se tiende en el suelo.

Mujer Rubia se retira al fondo. El ataque de asma y el bandoneón van en aumento hasta llegar a un sonido muy fuerte que se corta de golpe. En el brusco silencio Mujer Rubia y los hombres hacen mutis entre las sombras. Entra Omar pasándose un pañuelo por la boca. Se detiene. Mira a Roma.

Avanza lentamente. La rodea. Ella no se mueve. El -siempre mirándola- enciende un cigarrillo. Tiene un corto amago de tos. Lanza el humo. Mueve el bolso con su pie empujándolo hacia Roma.)

OMAR- (bajo) Eh... bella durmiente. Llegó tu príncipe. Vamos. Movete. ¿Te estás haciendo

la dormida? (se agacha junto a ella. Estira su mano. La toca.

Roma se mueve

hacia atrás apoyándose en las manos para desplazarse. Mantiene la cabeza baja.

El pelo le cubre el rostro.) Te di bastante tiempo para pensar. ¿Se te pasó la locura de rajarte o seguís en lo mismo? (ella mira hacia otro lado.) ¿Estás en la onda de no hablar? ¿De no contestar? (se para. Tono más mundano) Bueno... qué se le va a hacer. Lástima. Y yo que me levanté con ganas de hablar. ¿Dormiste anoche? ¿o pasaste en vela como yo? Nunca me había pasado algo así. Sabía que te tenía en mi casa, que estabas al lado de mi cuarto... pero, de repente, me sobresaltaba y tenía que venir para asegurarme que seguías aquí. ¿Vos no me oíste? Estuve varias veces. Me quedé ahí atrás. Hasta parecía que no respirabas. No hacías ruido. Tampoco yo. Como gatos; los dos. Como esos gatos que salen en medio de la noche más oscura y que conocen -sin mirar- cada "aujero", cada piedra del camino y los esquivan con habilidad... Ni los truenos te hacían cambiar de posición. Era raro verte cuando te iluminaban los relámpagos. De repente quedabas toda azul. A veces, violeta. Y tu cuerpo tan quieto, tan pálido a la luz de esos relámpagos que no paraban. La lluvia tapaba tu respiración y el ruido de mis pies de

gato en vela. Volvía a mi cuarto. Cerraba los ojos. Y ahí, atrás de los ojos cerrados, estabas vos iluminada por los relámpagos violetas. Y yo, en mi cama dando vueltas, viéndote sin ver, pensándote. Tanto que me decía: pensá en otra cosa. Y no podía. Vos ibas y venías en mi mente como si estuvieras arriba de una calesita que daba vueltas a lo loco. A veces pasando muy rápido. Otras tan lentamente que me hacía doler la cabeza. Quería no verte pero no te ibas. Seguía pensándote. Pero no en hoy. Te imaginaba en mañana, en pasado mañana, en el futuro que tengo para vos. Un futuro lindo, distinto. ¿Querés que te los cuente? (ella se separa más.) ¿No te interesa saberlo? (pequeña pausa.) ¿La tormenta te dejó muda? ¿Es el susto que no te deja hablar? ¿Es por mí? ¿Soy yo? ¿Me tenés miedo? (la toma de un brazo. Ella lo deja hacer. Lo mira.) No, vos no tenés miedo. Mirás. Solo mirás. Ni un ruido. Ni una palabra. Ni un grito. ¿Y si te quemó con esto? (le acerca el cigarrillo a la cara. Ella ahoga un gemido y se suelta.) Te quejás. Entonces, por suerte, no estás muda. Porque para lo que yo te quiero la labia es fundamental. No te iba a quemar con el cigarrillo... (lo tira y lo apaga con el pie.) Por lo menos por ahora. Desde que te vi supe que tenías pasta. Me vas a servir. Y si sos viva, como creo que sos, te va a servir a vos también. Mirá si te consideraré inteligente que, al levantarme, abrí todo. No dejé nada cerrado. Por si no me crees. (tira, al lado de ella, un manojito de llaves.) Si querés te podés ir. Volvó a donde estabas. A dormir apilada con seis o más personas. Acá vas a tener un lugar para vos sola, un baño con termofón, comida... ¿Querés comer algo ahora? Pedí lo que quieras. Eso sí, con moderación. Esto no es un restorán de lujo. A lo mejor querés una fruta o un alfajor. Pedí y

después se verá. (ella no dice nada.) ¿Por qué no la hacés más fácil? ¿No ves que el estar aquí conmigo es lo mejor que te pudo pasar? Está en vos que la cosa camine. Mirá que si quiero puedo hacértela pasar mal; muy mal. Pero no quiero llegar a eso. ¿Para qué? Si hablando la gente puede entenderse. No somos animales. No me podés fallar. Yo te elegí y yo no elijo a cualquiera. Tomo a los que sirven. Parecidas a vos vienen por docenas a golpear la puerta y yo les doy salida. Así como llegan se tienen que ir. Jóvenes, viejos, mujeres con chiquilines en brazos. Todos se mueren porque los atiende. Así como me ves, yo, soy muy importante. Saben que conmigo pueden llegar a algo. Yo los miro y sé si sirven o no. Podrán tener voluntad o ganas de hacer las cosas bien pero tienen que tener algo. Un no sé qué. Y vos lo tenés. (ella lo mira. Él le levanta con cuidado el pelo. Roma aparta la cabeza.) Suave. No te voy a pegar. Quiero mirarte bien de cerca. Tantas semanas viéndote de lejos. Cuando te descubrí vos estabas corriendo por la cantera. Jugando con un perro en medio de la basura. Vos corrías y el perro te seguía ladrando y saltando. Te reías y dabas vueltas como bailando. Y yo, ahí, te miraba sin que te dieras cuenta. En tu baile girabas. Y tu cara, de un lado, estaba perfecta. Pero cuando dabas vuelta; la marca esa, te cambiaba toda. Te hacía parecer otra persona. (ella se tapa la parte de la cara a la que él se refiere.) Yo estaba bastante lejos pero había algo que me llamaba la atención. ¿Sería un reflejo del sol? ¿Una sombra de los árboles? Me arrimé más y me dio un vuelco el corazón. Era una cicatriz perfecta. Desde ese día soñé con verla de cerca, con poder tocarla. (muy bajo. En otro tono. Adelantando su mano.) ¿Puedo...? ¿Me dejás...? (Roma

no se mueve. Se miran. Omar -con mucho cuidado- aparta la mano de ella y el público, y él, pueden ver la cicatriz. Omar todavía no la toca. Extiende su mano. En el silencio se oye el respirar de los dos. El del hombre más agitado. Omar -con la yema de sus dedos- recorre la cicatriz.) Hum... es suave... ¿Te duele? (ella niega) Es perfecta; sí. Mal cosida. Desprolija. Como hecha a las apuradas. ¿Qué carnicero te la arregló? ¿Dónde...?

ROMA - (muy bajo. Apenas si se la oye.) En un hospital... No se cuál... yo era muy chica... lo único que me acuerdo es de unas paredes muy viejas y del olor a alcohol que me hizo vomitar... ¿Todos los hospitales son iguales, no?

OMAR - Sí. Como las cárceles, como las iglesias. Son todas iguales. Hasta las personas tienen las mismas caras y los mismos olores. Así sean curas, carceleros, monjas, presos o fieles.¿ A qué tu doctor tenía lentes, era casi pelado y trataba de hacerse el simpático?

ROMA - No sé... yo estaba en la camilla y por más que doblaba la cabeza no podía ver donde terminaban aquellas paredes... nunca se lo conté a nadie. Bueno; nadie me lo preguntó tampoco. El doctor me dijo que cuando creciera la cicatriz se me iba a borrar. Y yo le creí. ¿Para qué iba a mentirme? Todos los días, no bien me despertaba, iba corriendo hasta el espejo. Iba con los ojos cerrados y me decía: hoy no va a estar la cicatriz, se me borró de noche... y cuando abría los ojos la veía ahí, igual que todas las mañanas. Sólo fue cambiando de color. Después dejé de mirarme. Con tocarme nada más ya sabía que seguía allí. Cuando llueve, o hay mal tiempo, se vuelve rosada... a veces muy roja... depende... ¿Cómo está ahora?

- OMAR - Rosada... Rosada... Suerte no se te fue. Sin esa cicatriz serías una más del montón. Es eso lo que te hace distinta, diferente; importante para mí. Tuve rengos, mancos, tuertas y hasta jorobados pero nadie con una cicatriz así. Nunca. Vas a ser un éxito.
- ROMA - Un éxito... ¿yo?
- OMAR - Palabra de honor. Te lo juro.
- ROMA - ¿Cómo llegué hasta aquí? No me acuerdo.
- OMAR - Fue, digamos, como en un cuento de hadas. Te traje en mis brazos. Sos liviana como una pluma. Daba gusto sentirte respirar cerca de mi pecho. Ver las gotas de lluvia en tu pelo. Verlas correr por tus brazos, perderse en tu escote, mojándote la blusa...
- ROMA - No me acuerdo de nada...
- OMAR - Mejor.
- ROMA - Yo quiero saber. En mi casa...
- OMAR - Esta es tu casa ahora.
- ROMA - ¿Dónde está mi madrina? ¿Ella va a venir?
- OMAR - La vieja Flora debe estar contando la plata que le di por vos. Capaz que ya se la gastó en vino. A lo mejor la guardó en el colchón.
- ROMA - ¿Ella hizo eso?
- OMAR - ¿Qué cosa?
- ROMA - ¿Ella me... vendió como usted dice?
- OMAR - Hizo eso y mucho más. Colaboró con los preparativos. (muestra un frasquito.) Te puso bastante de esto en la comida para que yo pudiera sacarte sin que hicieras escándalo. Por los vecinos, ¿sabés? Capaz que alguno le daba por ir con el cuento a los que te dije. ¿Y qué necesidad de meterse en problemas? ¿De andar explicando las

cosas si ya estábamos todos de acuerdo? Cuando estabas dormida como piedra, entré y te saqué. Así fue. Fácil, ¿no?

ROMA - (bajo) Ella decía que me quería como una madre...

OMAR - Bien dicen que los familiares son los peores. Pero mirá el lado bueno. La pobre se preocupó mucho. Quería que yo te llevase limpia. Hasta te pasó un trapito de alcohol por todo el cuerpo y te empapó con la colonia que usa para los casamientos y los velorios. Creo que en el fondo se alegró cuando me dejó llevarte.

ROMA - Cuando me vendió.

OMAR - No lo digas así. Suena feo. Digamos que, con tu madrina, hicimos una transacción comercial. El que me parece que los sintió fue el viejo. Mientras pasó todo no dijo ni mus. Sólo miraba. Pero tenía los ojos brillosos y se quedó en un rincón sin hacer nada. Quieto. La vieja al revés. Era toda nervios y apuro. Si vieras con qué rapidez preparó tu bolso. Más rápida que un rayo fue guardando ropa, fotos, documentos, adornos... (levanta el bolso. Siempre irónico) bastante livianito. Demasiado. La verdad es que no nadabas en la abundancia...

ROMA - Conociendo el paño no sé cómo mandó algo. Podía haberse quedado con todo. Se perdió de venderlo en la feria.

OMAR - Lo mismo le dije yo. No pierda tiempo, doña, guardando esas porquerías. Ropa le voy a comprar. Nueva y de la mejor. Documentos no va a precisar. Tengo amigos que me los fabrican de primera. ¿Y fotos...? ¿Para qué quiere fotos? Las fotos atan a la gente a los recuerdos...

ROMA - ¿Y los chiquilines?

OMAR - ¿Tus primos?

ROMA - No son primos.

OMAR - Bueno, lo que sean. Ellos estaban como en una fiesta. Locos de la vida. Fijate sino: un tipo llega en medio de la noche, bien vestido y repartiendo plata y droga. Se mete en la casa y saca a la muchachita en brazos, entre los ladridos y aullidos de un perro que jodía como si estuviera loco o rabioso. Aparte del viejo -que no hizo nada- el que protestó, a su manera, fue el perro. Las patadas que se ligó. Tus primos -o lo que sean- lo curtieron a golpes. Y el perro nada. Siguió en la misma. Mientras ensillaron el caballo y sacaban el carro los aullidos del perro se debían sentir como a tres cuadras... Che... qué flaco el caballo. Flaco y viejo. Debe tener como mil años...

ROMA - (muy bajo.) Garufa...

OMAR - ¿Qué...?

ROMA - El caballo se llama Garufa. Mi madre se pasaba cantando ese tango. Ella le puso así. Garufa... me gustaba darle pasto en la boca...

OMAR - Así que: arrastrada por un caballo más viejo que Matusalén, en un carrito que parecía que a cada momento se iba a desarmar, tapada con “nailons” para que la lluvia no te empapara y acompañada por los gritos de los gurises y los aullidos del perro; llegaste a mi casa. Igual que en uno de esos cuentos para niños. Cenicienta o Blancanieves. ¿Cuál preferís?

ROMA - (se enfrenta a él. Irónica.) ¿Y usted vendría a ser mi príncipe azul?

OMAR - ¿Por qué no?

ROMA - No... es muy viejo.

OMAR - (al pie.) Vos no sos ninguna piba.

- ROMA - Le molestó eso de viejo que le dije. ¿Puedo? (retándolo. Estira la mano imitando el gesto anterior de él.) ¿Me deja? (pasa su mano por el rostro de Omar.)
- OMAR - ¿Qué hacés? (la toma por la muñeca) ¿Es un juego?
- ROMA - No. (se suelta) Yo lo dejé hacer. Ahora me toca a mí. Quiero tocarle las arrugas... Estas; al lado de la boca, dicen que se ríe muy poco. Las de aquí (entre las cejas) que se enoja a menudo. Y las de la frente... tan largas... cuentan que -seguramente- estuvo preso...
- OMAR - (apartándose.) ¿Estás de viva o qué?
- ROMA - Acerté; ¿no es cierto?
- OMAR - ¿Qué te importa a vos si estuve, o no, preso?
- ROMA - ¿Fue por matar o por robar?
- OMAR - Tal vez por las dos cosas...
- ROMA - Son arrugas de ratero de poca monta no de ladrón de alto vuelo. (enumera.) Arrebato de carteras, pungas en los ómnibus; a lo mejor ladrón de caballos o gallinas.
- OMAR - No te pases al patio. Vos no sabés con quién te estás metiendo.
- ROMA - Capaz que con el destripador...
- OMAR - No te hagas la viva conmigo. Me avisó tu madrina y yo no le di importancia. Creí que eran cosas de vieja.
- ROMA - ¿Qué le dijo esa alcahueta; buena para nada?
- OMAR - ¿Tan rápido cambió la vieja Flora para vos? Recién era una madrecita y ahora es una alcahueta buena para...
- ROMA - (cortándolo.) ¿Qué le dijo ella?
- OMAR - Que te dabas muchos aires. Que tenés la cabeza llena de papelitos.
- ROMA - Ah... era eso.

- OMAR - ¿Qué pensabas? ¿Que ella estaba deseando que te fueras porque estaba celosa de vos? ¿Que al viejo se le caía la baba cada vez que te desvestías para dormir?
- ROMA - Estás inventando.
- OMAR - Puede ser. Pero la vieja Flora no paraba de hablar. Era como una matraca. Me dijo tantas cosas que estaba deseando irme. ¿Sabés leer y escribir?
- ROMA - ¿Qué? ¿Me quiere para secretaria?
- OMAR - ¿Es un chiste? Si lo es; es bastante malo. Conmigo de algo podés quedarte tranquila: yo no te voy a mentir.
- ROMA - ¿Entonces puedo preguntar?
- OMAR - Lo que quieras.
- ROMA - ¿Por qué me trajo a la fuerza?
- OMAR - Primer error. No te traje a la fuerza. Ya te dije que dormías. A lo mejor todavía no te despertaste. Y esto es un sueño. Uno que empezó en tu casa y que todavía no terminó. Capaz que estar despierta es vivir con la vieja Flora, con los gurises de mal olor, con las miradas del viejo...
- ROMA - Si no fue a la fuerza tampoco fue con mi consentimiento. A mí nadie me preguntó nada.
- OMAR - Le pregunté a los otros. Y te pusieron un precio. Te llamaría la atención saber que lo poco que pagué. Una de dos; o no saben lo que es la plata o no te valoraban mucho que digamos.
- ROMA - ¿Y si hubieran pedido más plata? ¿Usted...?
- OMAR - ¿Yo qué?
- ROMA - ¿La hubiese pagado?

- OMAR - Claro. Aunque hubiera pedido una rebaja. De hecho la pedí y me saliste menos todavía.
- ROMA - (casi dolorida) ¿Y rebaja por qué?
- OMAR - Por la calidad de la mercadería. Ellos me decían: es joven, es fuerte. Y yo les largaba ¿y la cicatriz? ¿Y ese pelo descuidado? ¿Y las manos ásperas y curtidas? A cada cosa que decía más barata me salías. Si sigo media hora más; te saco gratis. ¿Sigo? ¿O paro aquí?
- ROMA - ¿Y entonces qué tengo de lindo para usted?
- OMAR - (socarrón.) La cicatriz, el pelo descuidado, las manos ásperas...
- ROMA - Se ríe de mí. Me dice lo mismo que antes.
- OMAR - Es que me servís por eso.
- ROMA - ¿Para qué me quiere?
- OMAR - ¿Vos estás pensando que te traje para hacer el yiro, para ponerte a changar?
- ROMA - ¿Y no es para eso? (Omar niega. Pausa cortada donde se miran. Ella emite una sonrisa.) Ahora me va a salir con que allá pidió mi mano a la madrina y que -por miedo a que yo me negara- me durmió y después me dejó aquí sin tocarme siquiera...
- OMAR - ¿Cómo sabés si te toqué o no?
- ROMA - Me hubiera dado cuenta. No soy tan pava.
- OMAR - Y si te hubiese tocado así (lo hace.) Bien suavcito... ¿Qué marca tendrías? Ninguna.
- ROMA - No me tocó. (él -siempre mirándola- sonrío.) Yo me habría dado cuenta.

- OMAR - ¿Sos virgen?
- ROMA - Qué le importa.
- OMAR - Tu madrina me lo juró y perjuró. Dijo que ponía las manos en el fuego por tu virginidad.
- ROMA - (bajo) Vieja asquerosa... Vieja de mierda...
- OMAR - (suave. Calmo) No te hagas problema. En realidad no me importa si sos, o no, virgen.
Ese es tu problema.
- ROMA - ¿Y el suyo, cuál es? ¿Le gusta toquetear a la gente y nada más? ¿Con eso se conforma?
- OMAR - (lento. Sonriente.) Como vos dijiste hoy: ¿qué te importa?
- ROMA - (toma el bolso. Camina) Me voy.
- OMAR - (sin moverse.) ¿Sin saber para qué te traje? ¿Sin enterarte para qué me tomé tanto trabajo? ¿No sos curiosa? Te lo cuento y después te vas. A lo mejor es algo que te conviene y vos lo dejás pasar...
- ROMA - Le gusta dar vueltas y vueltas a las cosas. (encarándolo.) ¿Para que estoy acá?
- OMAR - Para trabajar.
- ROMA - Para trabajar... Si no es para changar, debe ser de sirvienta. ¿Para qué otra cosa sino? Allá era la sirvienta de todos. Hasta de los animales... del caballo, de los chanchos, del perro... Por eso tengo las manos curtidas. (agresiva.) No como las tuyas. Tan finas que parecen de mujer. Tiene las uñas brillosas...
- OMAR - ¿Lo notaste? Es uno de los lujos que me doy. Me gusta tener las uñas así.
- ROMA - (con sorna) Mire que manicura no soy...
- OMAR - (sin mirarla.) Te voy a hacer viajar...

- ROMA - Ya sé. Me va a poner de contrabandista. ¿Cómo no me di cuenta antes? Me manda traer bagayo de...
- OMAR - No. Me hacés reír...
- ROMA - Si no es contrabando es droga. Claro. Me hará tragar paquetitos y yo los llevo en el estómago. Me va a tener que conseguir pasaporte con esos amigos suyos porque yo no tengo.
- OMAR - Ves demasiada televisión. Contrabando, drogas, prostitución... cosas que están fuera de la ley. Que te pueden poner en cana tanto a vos como a mí. No, no. Mis negocios son limpios. Claros.
- ROMA - (desarmada.) Pero... ¿no me dijo que yo iba a viajar?
- OMAR - Sí pero vos, atropelladamente, ya estabas pensando en aviones, barcos y jets.
- ROMA - ¿Y entonces; en qué van a ser los viajes?
- OMAR - En ómnibus.
- ROMA - ¿Qué...?
- OMAR - En ómnibus. Y te necesito full time. Es un trabajo de todos los días. El circuito está estudiado y probado. Nada de ir a Carrasco, Pocitos o Punta Carretas. No. Para triunfar hay que tocar otros puntos. El Cerro, Manga, Pando, La Teja...
- ROMA - Usted está loco.
- OMAR - Voy a empezar dándote el veinte por ciento. Si veo que marchás bien, como se debe, podemos llegar a un cincuenta y cincuenta. Mirá que no te estoy hablando de chirolas. Hablo de mucha guita. Conseguida sin deslomarse. Sin hacer nada contra la ley. Y si a eso le sumás casa, ropa y comida gratis; la loca serías vos por dejar pasar esta oportunidad. Es como si te hubiesen tocado con una varita mágica.
- ROMA - Una varita que va a convertir al sapo en una princesa...

OMAR - No. Equivocada. Para que el negocio marche el sapo tiene que quedarse en sapo. Si se vuelve princesa se pudre todo. Yo soy el cerebro y vos vas a ser mi instrumento. Vas a ser mi mejor creación. Mi mejor inversión. Vas a ser lo máximo que haya pisado los pasillos de los ómnibus... Yo sé de lo que te hablo. Y no digo vender; hablo de pedir. Vender, escuchame bien, vende cualquiera. No se precisa arte para ofrecer revistas viejas, repasadores o alfajores. Si el producto es vistoso se vende solo. Pero para pedir se precisa talento, condiciones... y alguien que te enseñe, que sepa guiarte, prepararte...

ROMA - (con sonrisa incrédula.) ¿Así que me quiere para pedir en los ómnibus?

OMAR - Así es.

ROMA - ¿Y tuvo que dar tantas vueltas para decírmelo?

OMAR - Si te lo decía al principio te habrías ido.

ROMA - ¿Y ahora no?

OMAR - No. Ahora estoy seguro que no.

ROMA - ¿Y cuánto se puede ganar en los ómnibus?

OMAR - Más de lo que pensás. Más de lo que saca un bancario por mes. Más que cualquier empleado público. Eso sí; tenés que buscar el enganche con el público.

ROMA - ¿Qué público?

OMAR - La gente que va en los ómnibus. Ubicate. Seguime con el pensamiento. La cosa tiene su ciencia. La mayoría de los pasajeros van aburridos. Hartos de ver siempre el mismo paisaje. Están cansados, enojados con sus vidas siempre iguales, siempre grises. No aguantan a sus mujeres que los reciben con caras agrias, mal vestidas, transpiradas de tanto andar fregando y atrás de los hijos. De mal humor -ellas

también- por esos maridos que llegan del laburo, que apenas les hablan y se tiran, embobados frente al televisor. Toda esa gente cansada, aburrída, llena de rabia contenida, de deseos no consumados, viajando juntos pero separados. Cada uno encerrado en sí mismo. Prontos a estallar si lo empujan o le sacan el asiento. Van en esos viajes repetidos. Envueltos en el olor de los demás. Apilados. Con poca plata en los bolsillos: llevados por un chofer que putea a todos los autos que se le cruzan y que escucha cumbias a todo lo que da. (pausa para llamar la atención de ella.) Y ahí es donde entrás vos. Vos con tu cicatriz. Les vas a mostrar que hay cosas peores; que ellos no han llegado –todavía- al fondo. Entonces se van a sentir superiores a vos. Y, en eso que llaman alma, van a sentir algo de calor. Esa noche van a ver a la mujer, al esposo, a los hijos con otros ojos. Y capaz, capaz, que hasta se acuestan entre ellos con ganas.

ROMA- Parece tan seguro...

OMAR - Porque conozco el mercado, la demanda que hay. Tuve y tengo tullidos, a

embarazadas, a viejas con chiquilines agarrados de sus polleras. Tuve dos hermanos

que parecían tener sarna en los brazos. Eran un éxito bárbaro. Hasta que, como era una alergia, se les pasó. La madre se quería morir. Sin sarna, chau plata. Por más que los hizo comer naranjas, dulce de leche y lo que tuvo a mano; no pudo hacer volver la alergia. Cosas del desarrollo le dijeron. Otros abandonaron solos. Porque estaban viejos, porque se murieron. Algunos porque se cansaron. Los menos. Pero todos dejan con dolor porque conmigo ganan bien. Ahora tengo a seis trabajando para mí. Pero ninguno, ninguno va a ganar lo que vos.

ROMA - ¿Y con qué voy a pedir? ¿Sólo con esto? (por la cicatriz)

OMAR - Eso es el anzuelo. Por la cicatriz te van a dar plata. Para que pases rápido a pedirle al que está en el asiento de atrás. Para que no te quedes parada al lado de ellos. La cicatriz la podés acompañar con una estampita, con un papel lleno de faltas de ortografía donde diga que tenés un mal incurable y ocho hermanos para mantener. Podés pedir para una olla sindical o para tener un techo. Hay mil variantes para acompañar lo que Dios te dio. (le toca la cicatriz. Ella no se mueve.) El pedir varía si es verano o invierno, si se está cerca del día de la madre o de fin de año. Pero todo eso lo vas a ir aprendiendo en las clases que te voy a dar.

ROMA - ¿Clases...?

OMAR - ¿Te crees que es soplar y hacer botellas? No es sólo subir a un ómnibus y hablar a lo loco o hacerte la muda. No. No. Yo te voy a decir como vas a pararte; si a determinado guarda tenés que pedirle permiso, a cuál hay que preguntarle por la familia; a qué ómnibus más vale dejarlo pasar. Tenés que mirar a la gente de cierta manera. A hablar, si es necesario, con un tono especial. (afuera se oye un silbido.) Ah; el café. (camina.) Lo voy a sacar sino se recalienta y no hay nada peor que un café con gusto a quemado. (mutis. Sigue hablando desde adentro.) Quedó todo abierto. Podés volver a tu casa si querés. Si resolvés quedarte te invito a un café bien calentito y batido como yo sé. Soy un maestro en preparar café. Le pongo crema, un chorrito de cognac y lo acompaño con pan y manteca. Ah... el café yo lo tomo con una cucharada de azúcar. ¿Al tuyo cuántas le pongo? ¿Una o dos?

ROMA - (de frente al público. Murmura.) Tres... (más alto.) el café me gusta dulce... muy dulce... (la luz baja lentamente sobre Roma hasta llegar a

una semipenumbra. Vuelve el tema musical que abrió la obra. Ahora suena más a tango. La música apoya la acción de Hombre 1 y 2 que, entrando y saliendo colocan un mantel importante, una botella de sidra, dos copas, platos servilletas y un candelabro. En el momento en que entran los hombres, Roma, lenta hizo su mutis. Ellos acomodan las sillas y retiran el bolso. Mujer Rubia entra con un gran paquete de regalo. Lo deja en un rincón. Los tres se apartan y colocan en distintos lugares. Desaparecerán, de a uno, cuando vuelva Roma. Estas uniones tendrán un aire ceremonial que se irá acentuando a medida que transcurra la obra. Aparece Omar vestido con esmero. Se ajusta una llamativa corbata que trae a medio poner. Mira su reloj. Se pone el saco. Se pasa un pañuelo, que salivó un poco, por los zapatos; de por sí muy brillosos. Mira hacia fuera y enciende las velas. Después saca un sobre y lo pone bien a la vista. Pequeña pausa. Entra Roma. Da unos pasos. Mira sorprendida el arreglo.)

OMAR - Adelante. Pasá. No te quedes parada. Dame el saco así te lo guardo. (ella sin entender se queda quieta. Omar va hacia ella y le quita el saco de lana. Sale con el mismo.)

ROMA - ¿Pasó algo?

OMAR - (de adentro.) Debés estar con hambre...

ROMA - ¿Es una nueva jugarreta tuya?

OMAR - (entrando.) ¿Me ves cara de tramposo? (retira una silla.) Sentate.

ROMA - ¿Estás enfermo?

OMAR - Nunca me sentí mejor.

ROMA - Estás tan amable... (se sienta.)

- OMAR - ¿No te gusta que sea un caballero? (acciona la botella.) Tantas veces me lo pediste... (salta el tapón. Ella, instintivamente, se tapa la cara. El ríe.) ¿Tanto te asusta un tapón?
- ROMA - ¿Seguro que no me vas a hacer nada?
- OMAR - ¿Y qué te puedo hacer?
- ROMA - Pegarme de golpe cuando esté más distraída, cuando menos lo espere.
- OMAR - Ah, Roma, Roma... Pensá un poco. ¿Voy a armar todo esto para pegarte?
- ROMA - Tantas veces lo hiciste.
- OMAR - Pero hoy no. Hoy no va a haber golpes. (sirve las copas.) ¿Te gusta la sidra?
- ROMA - Sí...
- OMAR - A mí, más o menos. Me parece una bebida muy mariconá. ¿Y...? ¿Está rica?
- ROMA - Sí... ¿No me vas a preguntar como me fue? ¿Cuánta plata hice?
- OMAR - Calculo que te fue bien como todos los días. Vos sos un lujo pidiendo. (ella saca de su bolsillo un puñado de billetes y monedas. Lo deja sobre la mesa. El pone su mano sobre la de Roma.) Dejá. De verdad no me importa lo que trajiste. Lo que quiero es que te sientas bien. Cómoda, relajada...
- ROMA - Estás con fiebre... (levantándose. Él la sienta suavemente.)
- OMAR - No tengo nada. Ni tosí hoy.
- ROMA - Pero anoche, sí.
- OMAR - Anoche fue anoche y hoy es hoy. Además... bicho mal nunca muere. (orgullosa.) ¿Viste el mantel? ¿Y las copas? ¿Y el candelabro con velas? ¿Pavada de detalle, eh? El olor a sebo es un poco fulero; pero...

Vos te quedás embobada cuando los ves por la tele. Te pasás diciendo: qué fino, qué fino... Bué; ahora tenés tus velas. Y eso. Abrilo. Fijate si te gusta. (ella desenvuelve el paquete que está en el plato y aparece una hamburguesa.) Es de las grandes. (ella come con avidez.) Y todavía falta algo.

ROMA - (inquieta.) ¿Qué falta?

OMAR - (dándole el sobre.) Tomá. Leelo fuerte.

ROMA - (leyendo.) “Para Roma de Omar”... (lo mira.)

OMAR - Dale. Abrilo. No te va a morder. (ella lo hace y saca una postal.)
Fijate atrás.

ROMA - (lee.) “Felices seis meses”... (lo mira.) ¿Seis meses...?

OMAR - Leé las letras chiquitas.

ROMA - “El Coliseo Romano”...

OMAR - ¿No te pasás hablando de que tu vieja te puso Roma porque la noche que te tuvo había soñado con esa ciudad? (ella asiente.) ¿Viste qué detalle? Eso es fineza: una postal de Roma para Roma. Aunque pensándolo bien -perdoname que te lo diga- tu madre estaría un poco “tocame un vals”. Porque gustarle ese montón de piedras rotas. (él toma la postal.) Para mí este Coliseo es un “aujero” viejo con puertas y nada más. Se ve que Roma está llena de cosas reviejas. Casi ni la traigo. (le devuelve la postal.) Esta era la más pasable.

ROMA - ¿Seis meses de qué?

OMAR - ¿Me lo preguntás en serio? ¿No te lo imaginás? (ella niega.) Pensá.

ROMA - Para mí todos los días son iguales...

OMAR - Hoy hace seis meses que te traje. Seis meses que estás conmigo.
Medio año...

ROMA - Seis mese ya...

OMAR - ¿Parece ayer, no? El tiempo vuela, pasa; como les gusta decir a los viejos. Todo cambia. Vos sos otra. Y yo soy otro contigo. ¿O no?

ROMA - Sí... (no muy convencida.)

OMAR - Eso de los seis meses yo no lo tenía muy claro hasta que cayó tu madrina por acá.

ROMA - (al pie.) ¿Qué quería?

OMAR - ¿Y qué iba a querer? Plata. Hasta me amenazó. A mí. Dijo que ya hacía medio

año que estabas conmigo y que si no le daba algo de guita ella te iba a llevar de vuelta. O, si no, iba a ir a la seccional del barrio a denunciarme... (ríe fuerte. Se ahoga un poco.) Le dio un ataque de decencia. Justo a ella. Gritó, amenazó, lloró, pidió... Había que verla. Daba risa y asco a la vez.

ROMA - ¿Y qué hiciste?

OMAR - Esa vieja no sabe con quién se metió. Vos me conocés. Cuando algo me saca de las casillas me vuelvo una fiera. Le dije tanto que quedó blanca como papel. Cada cosa se la fui diciendo suavcito. Mirándola fijo. No la toqué siquiera. Tu madrina empezó a temblar como vara verde. Tenía gotitas de sudor en el bigote y hasta se meó del susto... Cuando se fue dejó un jedor tan fuerte que tuve que ventilar toda la casa. Esa no vuelve más. (suave.) ¿A vos no te ha parado en la calle, no?

ROMA - No. Nunca.

OMAR - (casi amenazante.) De ser así... ¿vos me lo habrías contado, no?

ROMA - Claro.

OMAR - ¿Sabés que te hago seguir? ¿Te diste cuenta, verdad?

ROMA - Sí.

OMAR - Trato de que no se me escape nada. Lo que querían en el fondo, la vieja y todos los de allá, era que fueras a trabajar para ellos. Tenían una mina de oro y no se habían dado cuenta. Entonces me dije: ¿por qué no hacer algo para que mi Roma se sienta contenta? Feliz. ¿Por qué no festejarlo? Por eso la mesa pronta, la postal... y lo que falta. Pero antes quiero brindar. (le alcanza la copa.) Por nuestra sociedad. (él toma. Ella no.) Ahora no te muevas. (ella quieta con la mirada fija. Omar trae el paquete de regalo.) Espero que te sirva. Me parece que sí. Te conozco de memoria. (le pone la caja en la falda.) ¿No vas a ver lo que hay adentro? (mientras Roma abre primero lenta y luego casi entusiasmada; él enciende un cigarrillo y enseguida tose.) Este asma de mierda... (ella ya abrió la caja.) ¿Y...? (Roma levanta un vestido muy brillante.) Así se usan ahora. Fue lo que me dijo la vendedora. (tose. Saca un inhalador.) Puta madre... este chillido del pecho que no se me va con nada. Ponétele. Quiero ver como te queda. (ella camina al mutis. El ordena.) No. Hacelo aquí. Adelante mío. Yo te ayudo. Vos dejame hacer. (le quita el vestido de la mano. Lo deja sobre una silla. Comienza a desvestirla.) Me gusta tu olor... Afuera este disfraz de pedir. ¿Tengo las manos frías? Estás temblando. (se ha colocado detrás de ella. Le pasa las manos a lo largo de los brazos.) Ayudame con la pollera. (ella corre el cierre. La prenda cae a sus pies.) Los que te dan plata por las estampitas ni sueñan que abajo del disfraz hay un cuerpo joven... una piel caliente que pide cosas...

ROMA - (bajo. Ronca.) ¿Cosas...?

OMAR - Sí... ropas caras... algún perfume de contrabando... tal vez un hombre que te haga gozar... (le coloca el vestido por sobre la cabeza. En ese silencio se oye el respirar agitado de ella y el chillido del asma de él.)

Es perfecto. Como para vos. (se mueve y se enfrenta a ella.) Calzás treinta y seis, ¿no? (ella se encoge de hombros. De la caja saca un par de zapatos.) A ver. (se hinca frente a Roma. La descalza.) Te compré estos... con tacos altos... bien altos... (la empuja suavemente; sentándola. Omar -casi en un ceremonial- le coloca los zapatos. La luz, desde que comenzó a vestirla, ha ido bajando hasta quedar sólo iluminando el escenario por las velas.) Ya está uno... Ahora el otro... (la calza. Después hunde su cabeza en la falda de ella. Murmura.) Roma... Roma... (ella levanta una mano. Con un movimiento muy lento la lleva hasta la cabeza del hombre. Le acaricia el pelo.)

ROMA - Nunca pensé qué...

OMAR - ¿Qué iba a pasar esto?

ROMA - Nunca me dijiste nada... nunca me acariciaste...

OMAR - Sé esperar. Todo tiene su momento. (la levanta. Quedan parados.) Te tuve ganas desde que te traje. Pero... ¿para qué iba a apurar la cosa? Vos sos mía. Estás hecha para mí. A veces te descubrí mirándome y te hacías la boba. Vos también querías que pasara...

ROMA - No...

OMAR - Si hasta cuando te pegaba aparecía esa mirada. Vos también estabas buscando esto.

ROMA - No...

OMAR - ¿Y si te beso? ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a correr, a gritar? ¿Vas a volver con tu madrina?

ROMA - No tengo dónde ir... (él la besa. Ella se queda quieta.)

OMAR - ¿Te dejás besar porque no tenés otro lugar donde ir? (Roma mira inquieta.) ¿Qué pasa?

ROMA - La luz...

OMAR - ¿Apago las velas? (él moja un dedo y apaga una.) ¿Está bien así o apago las otras?

(Roma asiente.) Esa la apagué yo. Ahora quiero que vos apagues las demás. (le pasa sus dedos por la boca.) Mojame los dedos. (introduce uno de sus dedos en la boca de ella. Luego se los pasa por sus labios y apaga todas las velas. En la oscuridad se acerca a ella y se abrazan fuerte. Tema musical. Entran hombre 1 y Mujer rubia. Bailan el tema estrechamente abrazados con una fuerte carga erótica. Roma y Omar hacen mutis. Hombre 2 durante el baile saca la utilería usada y coloca la nueva y acomoda los muebles. Cuando finaliza el tango salen los tres. Entra Omar. Viste un impermeable. Avanza hasta primer término. Luego se vuelve mirando hacia donde entró. Pausa. Tenso. Con rabia contenida.) ¿Qué esperás? ¿Estás jugando a las escondidas? Sé que estás ahí. Estuviste todo el tiempo siguiéndome. ¿Entrás vos... o te voy a buscar? (aparece Roma. También de impermeable. Se queda quieta, mirándolo.) ¿Qué te pasa? ¿Estás loca? ¿Te dio el mal de San Vito? Toda la noche atrás mío. ¿No tenías nada mejor para hacer?

ROMA - Quería ver.

OMAR - ¿Qué querías ver?

ROMA - Saber dónde ibas...

OMAR - ¿Y con qué derecho? Te equivocaste de papel. No soy tu marido. Mirá, no me di vuelta y no te bajé los dientes de lástima. Y, además, no tengo nada que ocultar. Hasta me alegró que me siguieras. Menos cosas para explicar. (va hacia la mesa. Se sirve una de las botellas puestas allí.) ¿Estarás conforme, no? Viste lo que querías ver.

ROMA - Sí...

OMAR - Hay que reconocer que tenés un aguante bárbaro. Mientras apretaba, en la puerta, a la gurisa, vos seguías parada en la esquina. Y eso que me entretuve bastante, ¿eh? Parecías un espantapájaros. Tan dura debajo de la lluvia. Mirá que sos rara. Estar parada, mojándote al pedo, mirando y esperando. De gusto no más, para joderte la vida, la apreté y la acaricié más que nunca. Total... vos querías ver. Cómo me respondió la guachita. Es calentona que da miedo. Se deja meter mano como nada. Pero la dejé con las ganas. Dentro de poco voy a hacer así (castañetea los dedos.) y la voy a tener donde yo quiera. Toma un trago. La mira.) ¿nos sentiste reír? Contestá. ¿Sentiste las carcajadas?

ROMA - Sí.

OMAR - Ella lloró de la risa. ¿Sabés lo que le causó tanta risa? El cuento de tu vieja con
el marinero italiano...

ROMA - No es un cuento.

OMAR - Que no va a ser. Si es, casi, un tango del año cuarenta. La pobre muchachita que se entrega al marinero italiano que bajó una noche al puerto y la embarazó. Si hasta el nombre del barco es un verso: “El Vesubio”...

ROMA - Se llamaba así. Tenía dibujado un volcán echando humo...

OMAR - “El Vesubio”... suena a nombre de pizzería.

ROMA - Era un barco muy grande...

OMAR - Un barco más grande que una mentira. Un barco que nunca más volvió. Si te apuro un poco más vas a terminar contando que tu vieja, después de la encamada fue todos los días a la escollera para ver si volvía el famoso “Vesubio” con el marinerito en la proa. (ríe.) ¿Ves...?

Lo digo y me cago de la risa. (se va quedando serio.) Toda esa historia es falsa. Falsa de punta a punta.

ROMA - Fue así.

OMAR - Vos quisiste creer que fue así. De esa manera era más lindo que la verdad. Pero
tu madrina me cantó lo justo.

ROMA - Qué sabe ella. Si hasta miente cuando respira.

OMAR - Puede ser. Pero yo -en eso- le creí.

ROMA - ¿Y qué te dijo?

OMAR - Nada que vos no sepas. Que tu... (irónico. Saboreando el momento.)
santa vieja no podía ir a la escollera ni a ninguna parte. Se pasó entrando y saliendo del manicomio. Al principio fueron temporadas cortas. Después se quedó para siempre. Si hasta se murió ahí. ¿No? ¿Es verdad o mentira?

ROMA - (bajo.) Murió sola... Tuve que ir con la madrina... Entré al Vilardebó y no

me animaba a levantar la vista... Tenía miedo... esos escalones de afuera... rotos, llenos de rajaduras... y, adentro, las paredes descascaradas. Todo parecía que estaba roto, viejo, muerto... las baldosas de cuadros negros y blancos... el olor... los gritos que se escuchaban de repente... los enfermos que pasaban con la ropa hecha pedazos mirando no se qué... nada o algo que había atrás mío y que yo no podía ver... Y los gatos... tantos... con ojos amarillos... Íbamos atrás de una enfermera que taconeaba fuerte. Pasamos muchas puertas hasta donde estaba ella... Y la vi. No me acordaba que era tan chica... que tenía el pelo tan gris... unos pocos mechones lacios... La tenían

acostada arriba de una mesa. Había que reconocerla. Decir que era ella. A mí me salía decir que no. Que aquella no era la madre que yo recordaba. La que tenía una sonrisa linda, ojos brillantes; la que me cantaba en italiano para que me durmiera. Sentí la voz de mi madrina diciendo que sí, que ese cuerpo que estaba ahí --casi tirado- era el de mi madre... (se ahoga.) Me había dejado una caja de zapatos llena de recortes de diarios, de fotos, de postales de Italia... no me la llevé. La dejé allí. No me la quise llevar...

OMAR - ¿Y ahí parás el cuento? Tu madrina me dijo más cosas.

ROMA - No sigás. No quiero saber más nada.

OMAR - ¿Vos mandándome?

ROMA - Te lo pido.

OMAR - Yo no empecé la cosa. Fuiste vos con tus pavadas. Y cuando no te conviene querés parar. (ella se aparta.)

ROMA - No... (él la sigue.) No...

OMAR - Yo sí quiero seguirla. Quiero saber que hay atrás de esa pose de víctima, de pobre muchachita con la cara cortada. Ahí atrás hay alguien que esconde cosas.

ROMA - ¿Y vos también no escondés cosas?

OMAR - ¿Cuáles?

ROMA - Cosas de tu familia.

OMAR - Mi familia... Sabés que soy del asilo. Estuve internado hasta los dieciocho años. En el asilo aprendía a defenderme, a ganarle a la gente, a valerme solo, a no deberle nada a nadie. Cuando salí me revolví como pude. Como un perro. Mordiendo aquí, corriendo allá, moviéndole la cola a estos, mostrándole los dientes a otros. Y tan mal no me fue. Tengo la plata que quiero. Más de la que pensé. No tengo -

por suerte- padre para deberle favores ni madre para avergonzarme.

¿Vos no podés decir lo mismo, no?

ROMA - Decís las cosas de una manera...

OMAR - Digo las cosas como son. ¿Tu vieja...? ¿Cómo se llamaba?

ROMA - Elvira...

OMAR - Bueno, ella, quién sabe por qué, te hizo el cuento del marinero. Lo cierto es que, según tu madrina, ella se acostaba con cualquiera que le hablara en italiano. Se ve que la chifladura le dio por ahí. En el manicomio, los enfermeros y los locos más vivos le murmuraban: “Ti amo, ragazza” o cualquier cosa en cocoliche y ella se abría de piernas como nada. Y cuando ya estaban hartos de pasársela; le...

ROMA - Pará. No sigas más. ¿Hasta dónde querés ir?

OMAR - (con una tranquilidad e ironía irritante.) Estás gritando como una loca. ¿Tu padre no habrá sido uno de los del manicomio? ¿Y de ahí te sale la locura? (Roma se abalanza sobre él. El la toma fuerte por los brazos.) Si hasta te corre un hilo de baba. Tenés que aprender que en la vida uno tiene que pagar siempre. Lo pagó tu madre en el manicomio. Lo pagué yo en el asilo. Y ahora lo estás pagando vos. (la suelta. Ella se deja caer.)

ROMA - ¿Por qué...? (muy bajo.)

OMAR - Sólo hay lugar para los fuertes. Para tener seguridad, un plato de comida y un poco de amor hay que pagar.

ROMA - Yo pensé que vos...

OMAR - ¿Qué yo te quería?

ROMA - Sí...

OMAR - ¿Porque me acosté contigo dos o tres veces? Le erraste feo. Eso fue sacarse las ganas. Aunque algo hubo, sí... (se inclina junto a ella.)

Montarme me dio algo acá, en el pecho, como un dolor parecido al asma pero más lindo. (la acaricia.) Ahora me parece que lo siento otra vez... (Roma, en el suelo, se aparta.)

ROMA - Dejame... (él la toma con más fuerza.)

OMAR - Vamos... Dejate...

ROMA - ¿Por qué no vas a buscar a la nueva?

OMAR - Cecilia se llama... Yo le digo Ceci... Sabés... tiene una pierna más corta que la otra y unas quemaduras rarísimas en las manos...

ROMA - ¿La vas a traer para acá?

OMAR - ¿Por qué no?

ROMA - ¿Y yo?

OMAR - Tu ciclo terminó. Sos una figurita repetida en los ómnibus. La gente necesita espectáculos nuevos. Se acostumbraron a tu cicatriz. Hay que darles algo distinto.

ROMA - ¿Y yo...?

OMAR - A vos te voy a poner en las puertas de las iglesias y en los cementerios. Ya te tengo organizado un tour. Los doce en San Pancraccio, los dos de noviembre en el cementerio del Norte, está la Gruta de Lourdes. Se saca poco. ¿Pero algo es algo, no?

ROMA - ¿Tu Cecilia va a estar en los ómnibus...?

OMAR - Y sí, Roma. Las luces del centro ya no son para vos.

ROMA - ¿Y va a usar el vestido que me regalaste...?

OMAR - Sí. A vos te gustó, ¿no? Tanto como le había gustado antes a la parda Beba y a la tuberculosa. Se ve que es un vestido que no pasa de moda.

La vida es así, nena. Hoy estás acá (señala arriba.) y mañana estás aquí. (señala el suelo.)

ROMA - Eso va a ser si yo quiero.

- OMAR - ¿Desde cuando vos decidís algo?
- ROMA - Desde ahora.
- OMAR - ¿Ah, si?
- ROMA - No me vas a tocar más. No me voy a dejar pegar más...
- OMAR - Me hacés llorar de la risa. ¿Quién mierda te crees que sos?
- ROMA - No te acerques, Omar. Si no...
- OMAR - Si no, ¿qué? (se mueve hacia ella.)
- ROMA - Quedate ahí. No camines más. (busca algo para defenderse.)
- OMAR - Vos necesitas un tranquilizante entre las piernas. Por eso armás tanto quilombo. Te juro que después que te agarre vas a quedar mansita; bien mansita... ¿Sabés que así como estás me calentás más que nunca?
- ROMA - Andá a revolcarte con la Cecilia esa o con las otras que tuviste antes.
- OMAR - Seguí hablando así. Seguí que me gusta... (le da un manotón. Se traban en
una lucha feroz. Tiran las sillas. Mueven la mesa y caen los vasos y las botellas. Una de ellas ya estaba rota. Roma la toma.)
- ROMA - Vení, Omar, vení. Tocame. Tocame que te voy a pagar todo lo que me diste. El vestido usado, los platos de comida, las camas que tuve contigo. Tocame. Dale. ¿Qué esperás? ¿No te animás? ¿No te da el cuero, Omar? (él, con un bufido, se acerca fuerte y violento. Roma, con un rápido movimiento, le corta la cara. Aullido de Omar. Se lleva las manos a la cara. Sale aullando y dando tumbos. Roma, con la botella rota en la mano, tensa, avanza hasta un primer plano con los ojos muy abiertos y una sonrisa. Avanza hasta que se hace un corto apagón. Tango. entran Mujer Rubia y los Hombres y acomodan, o no, todos los muebles. Roma se sienta bajo un foco de luz para hacer su monólogo final. Monólogo que es una confesión. Confesión para sí misma, para

la policía, para Dios. En la semipenumbra, Mujer y Hombres miran y escuchan. Pueden mirar hacia lados diferentes. Alguno de ellos, tal vez Mujer Rubia, mira a Roma. Otro al público. Otro hacia fuera. Otro da la espalda.) Cuando pasó lo que pasó me asusté mucho. Me quedé como de piedra. No sé cuantas horas estuve así. Cuando me despabilé se veía salir el sol. Entonces empecé a limpiar todo las manchas de sangre y, de paso, la mugre acumulada de tanto tiempo. Enterré la botella rota en el fondo y quemé mi ropa. Cuando todo quedó como un jaspe pude parar. Recién ahí me di cuenta lo cansada que estaba. En esos días no salí a pedir. Me quedé acá. Esperando algo. Después me animé y le pregunté a los vecinos. De a poco empecé a llenar los huecos de ese día tan largo. Uno; había oído los gritos y, al asomarte, lo vio doblar la esquina; otro estaba en la parada cuando al Omar lo subieron a un camión que pasaba. Alguno; supo por un conocido que estaba internado en el “Policial”... (se detiene un poco. Otro tono.) ¿Qué cosa, no? Parece de locos. Un chiste malo. El Omar en el Hospital Policial. Me imagino la cara al despertarse y verse rodeado por milicos. Los tiras anduvieron averiguando y hasta estuvieron aquí. Pero yo, por suerte, justo había salido. Como siempre pasa en estos casos nadie vio nada, nadie sabe nada. A los milicos no les dijeron ni mus. Pero a mí, sí. Es de no creer. Uno piensa que estando entre cuatro paredes las cosas no salen de allí. Pero la gente tiene cien oídos, cien ojos. Y los que no saben los inventan. Lo que más me sorprendió fue lo poco que lo querían al Omar. Le tenían miedo. Ni el nombre decían. Cuando hablaban de él era: el tipo ese o el flaco. Era como si no nombrándolo no existiera. Ahí me di cuenta de lo solo que estaba. Lo que nunca pensé es que fuera a necesitarme a mí. Cuando fui al

hospital me impresionó verlo con esas vendas en la cara y en medio de tantos tubos. Al verlo así, yo, me sentí fuerte por primera vez. Lo velé muchas tardes sin que se diera cuenta y empecé a hacerme amiga de la nurse. Dolores se llama. Que nombre para una enfermera, ¿no? Supongo que le di lástima porque empezó a hacerme preguntas y, después cada vez que tenía libre, venía a estar conmigo. Me contó cosas de su vida y yo de la mía.

(otro tono.) Pero todas, no. Un día el Omar se dio cuenta que estaba al lado de la cama. Me miró fijo y me dijo como sin entender: Roma... Enseguida, como un relámpago, con otro tipo de mirada y tocándose las vendas de la cara repitió:

Roma... Sentí un frío por todo el cuerpo y supe que no me lo iba a perdonar nunca.

Que iba a buscar la manera de cobrarse y que yo tenía que ganarle de mano fuera como fuera. En ese momento empecé a maquinare todo. Me veía parada al lado de la cama y lo veía al Omar, mirándome, como si yo fuera transparente. Entonces me adelanté y le agarré la mano. Estaba helada. Me sorprendí porque la calefacción estaba a todo lo que daba. Lo acaricié. No para calmarlo sino para poder tranquilizarme yo; para tener tiempo para pensar. El empezó a hablar bajo pero a los borbotones. Tenía un montón de preguntas. Quería saber si había pasado algo con la policía, si se habían creído el cuento del accidente, que si yo no había metido la pata, que me aprontara si por mí caía preso, que si tenía una cicatriz iba a tener dos, que ni Dios me iba a conocer. No paraba de hablar. No sé que le contesté a cada cosa pero se quedó tranquilo. Ahí me quedo claro el miedo que él tenía. Fue algo nuevo para mí. Omar, el miedoso. Me pidió casi por favor, que

volviera todos los días, que no lo dejara solo. Y le cumplí. A la hora en que empezaba la visita yo era la primera en entrar. Tanto se acostumbró a eso que, los pocos días que demoré unos minutos, enseguida se ponía inquieto, nervioso y le volvía el asma y la tos. Apenas si podía hablar después. Ahora lo puedo contar; total... a veces demoraba a propósito, sólo para verlo así. De a poco tuvo que confiar en mí para solucionar cosas. Primero, las más chicas; esos gastos imprevistos que surgen sin querer... y tuvo que decirme donde tenía escondida la plata. Le costó un triunfo decirlo. Pero yo hacía rato que había encontrado la plata. También... con la limpieza que me mandé. Yo, con mi mejor cara, lo escuché seria. Pero por dentro me partía de la risa. Me pedía cuenta de todos los gastos. Yo, por supuesto se las daba. Eso empezó a darle confianza. Total, yo era una turra que no entendía nada de nada. Un día me dio la lista de los que trabajaban para él y los lugares donde los iba a encontrar. Me mandó que les cobrara. Seis... había dicho que tenía trabajando. Otra mentira más de Omar y van... nunca pensé que fueran tantos. Había niños de todo tamaño y color; mujeres viejas y jóvenes con, o sin, hijos; hombres lisiados de verdad o de mentira. Los conocí uno a uno. Supe sus nombres, sus olores, el precio que tenían que pagar, sus historias. Entonces yo -para ellos- me transformé. Pasé a ser el dueño. Ahora mismo si cierro los ojos me vuelve la cara de cada uno... Y, también, la de Omar. La mueca de la boca. El brillo del único ojo cuando cada sábado le llevaba la cuota semanal. Por un rato acariciaba los billetes y se olvidaba de los estragos de la cara. Pero fue mejorando y Dolores me avisó que ya estaba por tener el alta. Entonces... dejé de ir por dos semanas. Eso bastó. Tuvo un ataque de asma tan grande que hasta le dieron oxígeno.

Cuando Dolores me dijo que iba a tener para un rato largo, volví. Tenía más tubos que antes. El Omar se sintió alegre al verme. La emoción que tuvo también sirvió para que empeorara. Hasta fiebre le vino. Ni sabía a donde estaba. Si hasta se olvidó de preguntarme el por qué no había ido esas dos semanas. Fue una lástima tenía tantas mentiras preparadas. Pero no se dio. Esas dos semanas generaron muchos gastos extras. Entonces no le alcanzó la plata. Ahí vino lo mejor. El Omar tuvo que hacerme un poder para sacar la plata del banco y me dio las tarjetas de crédito. ¿Cómo iba a desconfiar de mí que era tan poca cosa y que siempre volvía para ayudarlo? Cuando vi todo lo que tenía ahorrado quedé aturdida, abombada. Después -mirando la libreta del banco, las tarjetas, los dólares desparramados en la cama- se me aparecieron en la cabeza: la parda Beba, la Enana, la Nueva, los que pedían en las iglesias, los chiquilines limpiando autos en los semáforos... todos... era una fila de gente más larga que la de los dólares. Y al final de esa fila estaba yo. Yo subiendo y bajando de los ómnibus. Yo pidiendo y mintiendo para el Omar. Yo, y los otros, pidiendo para que él guardara y guardara. Pensé que la cabeza se me iba a reventar. Entonces supe lo que tenía que hacer. Omar ya no me pedía cuentas. Era tan fácil robarle. No; robarle no. Era tan fácil hacerle pagar. Nunca me sentí mejor que cuando, lista en mano, fui tachando los nombres de los... ¿empleados? ¿Los asalariados? ¿Los esclavos...? (se encoge levemente de hombros y sigue.) Le di a cada uno sus dólares y les agradecí -en nombre del Omar- los servicios prestados.

Unos... me besaron. Otros, lagrimearon. Cuando terminé rompí en pedacitos la lista. Sentí un alivio grande como una casa. Con el resto de

la plata pagué, por adelantado, la cuenta del hospital. Le di propina a todos los que lo cuidaron. Por supuesto que a Dolores le di más que a los otros. Ella le tiene que contar todo esto y no va a ser un buen momento... para los dos. Sólo me quedaban las tarjetas de crédito. Para mí era como tener el mundo en las manos. Compré de todo: muebles, ropa, televisor, video... y espejos... muchos espejos. Muchísimos. Ya no voy a ir más al hospital. Lo voy a esperar acá. Estoy segura que va a venir el Omar. ¿A dónde puede ir? Si no tiene otro lugar... (el bandoneón con su solo retoma el tango del comienzo. La luz va cambiando de a poco. Mujer Rubia y Hombres cambian de lugar. Pueden confundirse, o no, entre los espectadores. Entra Omar. Luce en su cara una cicatriz del lado opuesto a la que tiene Roma. Omar avanza en la semipenumbra que va aumentando.)

OMAR - (bajo.) Roma... (el bandoneón llena el silencio.) Roma... (ella, lenta abandona su lugar, y va a su encuentro.)

ROMA - (bajo.) Omar... Omar... (él la busca.)

OMAR - (más alto.) Roma... (el bandoneón también va subiendo.)

ROMA - (más alto.) Omar... (se detiene. Abre sus brazos como en una crucifixión esperada.)

OMAR - Romaaa... (el sonido del bandoneón proponga el grito de él al avanzar y apaga el de ella. Apagón brusco cuando los personajes se encuentran. Queda el sonido grave del bandoneón en su solo de tango.)

F I N